

La Interna- cional Socialista, ¿interna- cional de la nostalgia?

LAS profundas transformaciones experimentadas en el mundo han dejado al socialismo y, en general, a toda la izquierda, en una situación precaria, tanto en el terreno teórico como en el de la praxis. Al derrumbarse el socialismo real, existían fundadas esperanzas de que el socialismo democrático resultaría beneficiado y acogería en su seno toda la herencia salvable. Al fin y al cabo lo que la izquierda occidental criticaba de los países del Este no era su planteamiento ideológico ni su lucha por la igualdad, sino el archipiélago Gulag, la muerte de las libertades, la omnipresencia burocrática, el haber segado la ilusión y el haber definido una ortodoxia estrecha que terminaba por ahogar los ideales originarios de la revolución proletaria. Pero se daba por descontado que los objetivos continuaban vigentes; se decía que el proyecto histórico había fracasado, pero no las ideas que lo hicieron nacer.

Han pasado cinco años y la situación del socialismo en todo el mundo es mucho más precaria que antes de 1989. No sólo

no ha integrado en su discurso los principios marxistas, sino que expresamente ha querido desligarse de ellos. Unos lo han hecho porque estaban convencidos de que eran inservibles y otros porque suponían que les eran un lastre electoral.

Probablemente, en el caso de España, sea ésta la diferencia fundamental entre renovadores y guerristas. Ideológicamente el socialismo actual se disuelve en unas cuantas referencias léxicas a su origen doctrinal, un vago progresismo y un impreciso igualitarismo, condicionado a las posibilidades del mercado, incapaz de articularse en programas concretos. Esta imprecisión programática no ilusiona a la juventud y está reduciendo el implante del socialismo en la universidad. Los más fieles ni siquiera se atreven a enunciar sin rubor su esencial definición de **movimiento anticapitalista**. Apenas produce intelectuales que le proporcionen urdimbre como sistema actualizado de pensamiento y acción. Electoralmente se halla en el tobogán del retroceso en todos los países en los que se presentaba como portador de un modelo alternativo de sociedad (Francia, Italia y España, sobre todo) donde se manifiesta la desafección en las urnas de los sectores mejor informados. Aguantá, en cambio, relativamente bien en Alemania y el Reino Unido, donde socialdemócratas y laboristas enarbolaban, más que un modelo alternativo, un modo distinto de gestionar la sociedad capitalista.

UN intelectual ex comunista de gran talla, Adam Schaff, acogido después en las filas socialistas, ha planteado preguntas urgentes a las que el socialismo no ha podido dar respuesta: ¿se puede hablar de socialismo sin clase obrera?, ¿puede hoy el socialismo ser el portador de las transformaciones revolucionarias de la sociedad?, ¿no le han arrebatado el protagonismo la tecnología y la mundialización de la economía?, ¿es siquiera realista esperar que el socialismo ilusione como banderín de enganche en una sociedad que ya ha adquirido un cierto nivel de bienestar? Otros pensadores lúcidos se han cuestionado también toda posibilidad de que el socialismo pueda seguir siendo una gran ideología mediante la propuesta, inicialmente ajena a la tradición socialista, de un capitalismo popular (Kozlik), o confiando la

igualación social al estado fiscal justo (Calle). Esas ofertas las presenta mejor, sin esquizofrenias internas, las hace más atractivas y las gestiona mejor el capitalismo, que se ve incluso reforzado con ellas.

***L**AS respuestas que hasta ahora se ha dado el socialismo a todas estas cuestiones son imprecisas, inseguras, inconsistentes. El mismo Schaff evoca al referirse a ellas el aforismo marxiano de **omnibus dubitandum**, dejando entender que el socialismo es hoy, sobre todo, una duda metódica sobre sí mismo. Cuando el ordenamiento jurídico previene habitualmente, aunque no siempre con eficacia, contra la explotación del hombre por el hombre, ¿qué novedad puede aportar el socialismo?, ¿estaría abocado a retirarse al territorio de la privacidad y a convertirse en catalizador de meras aspiraciones y esperanzas individuales?, ¿se satisfará a sí mismo en una exaltación poética del mundo que pudo ser y ya no puede ser?*

*Pero el socialismo no se ve bloqueado solamente en su reflexión ideológica. Es más grave todavía su bloqueo en cuestiones prácticas. La llamada **ortopraxis** no sólo resulta incapacitada para validar la teoría, sino que debe reconocer su impotencia para marchar codo a codo con los sindicalistas para retornar a una política no demagógica de pleno empleo, para modernizar antijerárquicamente el trabajo, para preservar las conquistas del Estado del Bienestar, para hacer eficiente al Estado, para cegar los canales del caciquismo y la corrupción. Es dramático para millones de socialistas honrados comprobar que bajo sus gobiernos el paro se dispara, las desigualdades crecen o se mantienen, las alfombras que querían limpiar ocultan amplios pavimentos de corrupción y líderes que fueron su vanguardia se encuentran emplazados por la Justicia.*

*En estas circunstancias ¿tiene algún sentido todavía la **Internacional Socialista**? Como tal, no ha cumplido su tarea esencial de autojuzgarse y actualizar a tiempo el mensaje socialista, cosa que han tenido que hacer por su cuenta los partidos nacionales que la integran. Sus otras*

funciones de promoción y defensa del socialismo están más que comprometidas: promover en todo el mundo unas ideas cuyo futuro es tan frágil que parece un optimismo existencial gratuito; el internacionalismo se está produciendo irremediabilmente por vías bien ajenas al socialismo, como son las multinacionales y las agrupaciones supranacionales, del estilo de la Unión Europea o el Tratado Económico de Canadá, Estados Unidos y México; asumir la defensa indiscriminada de los colegas sometidos a juicio en Italia y Venezuela es impresentable; financiar fundaciones de apoyo al socialismo emergente ya sólo tiene sentido en algunos países subdesarrollados; ayudar a que los socialistas lleguen al poder o se mantengan en él, aun concediendo que siempre lo haga legítimamente, sólo es eficaz en casos contados.

No debe extrañar, por tanto, que la Internacional Socialista sufra una aguda crisis de la que es difícil que se recupere. ¿Puede entenderse el tiempo presente como un túnel o una era de catacumbas, de la que la sacará un nuevo constantinismo socialista o la próxima crisis del capitalismo? No es predecible ninguna de las dos posibilidades a partir de los datos de que disponemos. Más bien parece derivarse de ellos una aceleración de la marcha del mundo hacia modelos no socialistas. Para salir de la actual crisis del capitalismo, todos los países y todos los partidos —excepto los restos de los partidos comunistas— apelan a fórmulas típicamente capitalistas, no a fórmulas de clase alguna de socialismo. Si esto es así, probablemente la Internacional Socialista se vea obligada a convertirse en una internacional de la nostalgia, una agrupación de antiguos combatientes que no pudieron ganar la guerra, un cenobio espiritual en el que sus miembros reconforten su conciencia con el recuerdo de los buenos proyectos que no pudieron realizar y con la evocación de sus ingentes sacrificios que la sociedad no supo reconocer, un parlamento mundial de la utopía. Aunque a ello quede reducida, quienes no pertenecemos a ella le deberíamos agradecer, si no siempre sus acciones, sí las antorchas de solidaridad que encendió y que ha mantenido alzadas a lo largo de los últimos decenios.